

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

SAN BUENAVENTURA, cardenal y obispo de Albano, confesor y doctor, del orden de los Menores, en Leon de Francia, muy celebrado por su doctrina y santidad de vida. (*Véase su vida hoy.*)

SAN JUSTO, soldado del cuerpo del tribuno Claudio, en Roma; el cual habiéndosele aparecido milagrosamente una cruz, se convirtió á Jesucristo, y siendo bautizado, distribuyó todos sus bienes á los pobres: prendiólo el prefecto Magnecio, y azotado con nervios, poniéndole en la cabeza un yelmo hecho ascua, y arrojándolo en una hoguera, salió de todo esto sin perder un solo cabello, y murió confesando á Jesucristo.

SAN FOCAS, mártir, obispo de Sinope en el Ponto, en la misma ciudad; el cual en tiempo del emperador Trajano habiendo padecido por Jesucristo cárcel, cadenas, hierro y fuego, saliendo vencedor de todo, subió al cielo: sus reliquias se llevaron á Viena de Francia, y se guardan en la iglesia de los santos Apóstoles.

SAN HERADAS, obispo, en Alejandria, cuya celebridad era tan grande, que Africano el historiador cuenta de si, que solo por ver á este santo obispo hizo un viaje á Alejandria. (Fué el discípulo mas aventajado de Orígenes y su sucesor en la famosa escuela de Alejandria. Succedió al patriarca Demetrio en la silla episcopal de la misma ciudad.)

SAN CIRO, obispo, en Cartago, en cuya festividad predicó S. Agustín.

SAN FELIX, primer obispo de Como, en la misma ciudad. (Fué enviado por el apóstol S. Pedro, y ordenado por él mismo obispo de Como, cuya ciudad convirtió á Jesucristo.)

SAN OPTACIANO, obispo, en Brescia. (Vivió en tiempo del emperador Valentiniano III, siendo papa S. Leon el Grande, por quien fué consagrado obispo de Brescia.)

SAN MARCELINO, presbítero y confesor, en Deventer en los Países Bajos.

SAN CAMILO DE LELIS, confesor y fundador de los Clérigos reglares que asisten á los enfermos, en Roma: por la escelencia de sus virtudes y milagros, lo canonizó el papa Benedicto XIV. (*Véase su vida en las del día siguiente 15 de julio.*)

SAN BUENAVENTURA, CARDENAL, OBISPO Y CONFESOR.

Nació en Bagnarea de Toscana, ciudad pequeña del estado eclesiástico, el año de 1221, para ser uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de Occidente; uno de los principales ornamentos de la religion de S. Francisco; admiracion de los mayores, mas sabios y mas santos hombres de su siglo; y en fin para



S. BUENAVENTURA,
CARDENAL, O. Y C.

ser apellidado *el Doctor seráfico* con justísima razon. Su padre se llamó Juan Fidenza, su madre María Ritelli, ambos mas distinguidos por su gran virtud que por sus cuantiosos bienes de fortuna, y por su no menos antigua que calificada nobleza. En el bautismo se le puso el nombre de Juan; pero habiendo caído peligrosamente enfermo casi cuatro años despues, tanto, que le desahucieron los médicos, y habiéndole encomendado su piadosa madre en las oraciones de S. Francisco, que vivia á la sazón, y se hallaba en el mismo lugar, ofreciendo al Señor que si daba salud al niño le consagraria á su Majestad en la religion del seráfico Padre; éste hizo oracion por el niño, y quedando de repente sano, exclamó el Santo en su lengua italiana: *¡O buona ventura!* ¡ó dichoso suceso! y desde entonces toda la familia, trasportada de gozo á vista de aquella maravilla, le comenzó á llamar Buenaventura, nombre que le quedó despues al santo doctor.

Luego que se asomó el uso de la razon, tuvieron gran cuidado sus padres de advertirle el milagroso modo con que el cielo le habia conservado, previniéndole que el nombre que tenia era testimonio y memoria del milagro. Hizo este beneficio mas impresion de la que correspondia á su edad en aquel corazon tierno, blando, y nacido para la virtud, acompañado de un entendimiento vivo y perspicaz. Ni la hicieron menor en él las primeras lecciones que le dieron. Apenas conoció á Dios, cuando le amó, y se hicieron manifiestas las particulares bendiciones con que le habia prevenido el cielo desde su misma niñez. Notóse que para él no tenían ningun atractivo los entretenimientos pueriles, y se observó como carácter propio suyo casi desde la misma cuna un grande amor á la pureza, y una ternísima devocion á la santísima Virgen, conservando toda la inocencia de sus costumbres y todo el fervor de su devocion en el curso de sus estudios.

En ellos hizo maravillosos progresos; pero no fueron menores los que hizo en el ejercicio de la virtud. Disgustóse del mundo antes de haberle conocido; y cuando se halló en edad proporcionada, solo pensó en cumplir lo que su madre habia prometido. Pidió el hábito de los frailes menores; diéronsele, y el estado religioso dió la última mano á la perfeccion de aquella grande alma. Concluido el noviciado, le enviaron á estudiar la teologia en París, siendo su maestro el célebre Alejandro de Alés, que á vista de la gran santidad de su discipulo solia decir, que Buenaventura parecia no habia pecado en Adán.

No habia religioso mas humilde, mas pobre, ni mas ejemplar. Animado con el mismo espiritu del santo fundador parecia san

Francisco resucitado en S. Buenaventura; la misma abnegacion de sí propio; el mismo zelo por la observancia de la santa regla; el mismo desasimiento de todo y las mismas penitencias. Por el tierno amor que profesaba á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, pasaba horas enteras al pié de los altares desahaciéndose en dulces lágrimas. Antes de ser sacerdote eran sus delicias comulgar con la mayor frecuencia posible; y se dice, que habiéndose abstenido un dia de la sagrada comunión por reverencia y por respeto, fué comulgado por mano de un ángel.

Recibió con el sacerdocio el último retoque de su virtud, y todo el cumplimiento de sus amorosas ansias. A los que le veian en el altar se les comunicaba la devocion del sacerdote. Las dulces lágrimas que derramaban sus ojos, y el fuego que despedia su semblante daban testimonio de que se estaba oyendo la misa de un santo. Su recogimiento interior, sus conversaciones y su modestia eran pruebas de su íntima union con Dios. Parecía estar continuamente en oracion, y con efecto empleaba codiciosamente en ella todo el tiempo que le dejaban libres sus estudios y las demás ocupaciones. El coro era su recurso para recrearse y para cobrar nuevas fuerzas para trabajar. La materia mas ordinaria de su meditacion era la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Compuso una obrilla sobre este asunto, con una meditacion para cada dia de la semana; dió á luz un tratadillo de la oracion mental; dispuso algunas oraciones vocales, y escribió de la sublime contemplacion con tanta energia y con tanto espíritu, que desde entonces mereció el título de Doctor seráfico.

Aunque parecia estar totalmente dedicado á estos ejercicios de devocion, hacia al mismo tiempo tan asombrosos progresos en las demás ciencias, que aunque no contaba todavía treinta años, le escogió la universidad de París para enseñar públicamente en ella, dándole la cátedra de filosofia y de teologia. Esplicó al Maestro de las sentencias con tanta satisfaccion y con tanto aplauso, que se puede decir le debió aquella universidad, no menos que á Sto. Tomás de Aquino, gran parte del alto concepto y reputacion que ya se habia granjeado en aquel siglo. En ella se conocieron y se trataron los dos Santos, estrechando entre sí aquella íntima amistad, que fué el mejor panegirico de los dos, y duró mientras les duró la vida.

Así brillaba el santo doctor en la célebre escuela de París, siendo estimado y venerado de los mas sabios y mas santos prelados de la Europa, tanto por la fama de su eminente virtud, como por el merecido crédito de su gran sabiduría, cuando su seráfica religion quiso disfrutar este tesoro, aprovechándole mas

inmediatamente en su propia utilidad. Estaba congregado en Roma el capítulo general de la orden para la eleccion de general, y presidia en él personalmente el papa Alejandro IV. Unieronse todos los votos en favor de nuestro Santo; y aunque á la sazón no tenia mas que treinta y cinco años, fué electo general por todos los votos, no habiéndole faltado mas que el suyo. Confirmó el papa la eleccion; y por mas que la humildad de Fr. Buenaventura renunció, resistió y representó, le fué preciso obedecer. Su mismo prudentísimo gobierno justificó el acierto, mostrando siempre una gran prudencia, un vigoroso zelo por la observancia religiosa, mucha firmeza, y no menor teson, pero sazonado con admirable dulzura y la mayor aplicacion á conservar en su vigor el primitivo espíritu de la orden; el empleo de ministro general solo sirvió para hacer mas visible su profunda humildad. No habia hombre de mayor mérito, ni que mas bajamente sintiese de sí. Aunque estaba oprimido de negocios, ni se dispensó en algunas de sus ordinarias penitencias, ni mucho menos en su frecuente acostumbrado recurso á la oracion; la elevacion del empleo no le estorbaba abatirse á los oficios mas humildes del convento; y siendo general, servia á los enfermos con la misma caridad que si tuviera el oficio de enfermero.

Ni el tiempo que ocupaba en los negocios públicos que tenia á su cargo le impedía el cumplir exactamente con sus devociones particulares, y lo que es mas, le distraia bien poco de sus acostumbrados estudios. Por espacio de diez y ocho años gobernó toda la orden con tanta prudencia, con tanto acierto y con tanta moderacion, que no contribuyó poco al gran esplendor que adquirió en el mundo la religion de S. Francisco, haciéndola tan célebre en todo el universo, y siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia católica. La vigilancia en precaver todo cuanto podia introducir alguna relajacion en la observancia, la acreditaron bien los prudentes estatutos que hizo en el capítulo general que se celebró en Narbona el año de 1260; pero no se limitaba su zelo precisamente á promover el mayor bien de su religion.

Como por razon de oficio se veia precisado á visitar diferentes provincias de la Europa, no malograba ocasion de solicitar en todas partes la mayor gloria de Dios, ni de trabajar en la salvacion de las almas. Predicaba, instruía y confesaba con inmenso fruto, haciendo muchas y admirables conversiones. Valiase del crédito y del favor que su virtud y su empleo le merecian con los príncipes y con los prelados para la reforma de las costumbres y para el aumento de la cristiana piedad. Pasando su zelo

á la otra parte de los mares, envió muchos religiosos para que predicasen la fe á los infieles.

Sobre todo, no perdía oportunidad de estender y de aumentar el culto de la santísima Virgen, por la tierna devocion que profesaba á esta Señora. Conformándose con el espíritu de su seráfico Padre, quiso que se dedicasen á esta soberana Reina casi todas las iglesias de la orden; que se celebrasen en ella con la mayor solemnidad todas sus fiestas; y para inspirar la misma devocion en todos los pueblos, se valió de todo su crédito y de todas sus piadosas industrias. Fuera de sus ordinarias exhortaciones y de las conversaciones familiares, en que siempre habia de entrar la devocion á la santísima Virgen, escribió muchos tratados para promoverla. Compuso un oficio particular de la Virgen con muchas oraciones llenas de espíritu y de ternura; hizo un nuevo salterio, aplicando á la Virgen las sentencias y las palabras de David con tanta devocion, con tanta ternura y con tanta oportunidad, que parece haber sido inspirado el nuevo Salmista por el mismo Espíritu que inspiró inflamados afectos al antiguo.

Apenas se puede comprender como un hombre, abrumado con el peso de tantos negocios, pudo hallar tiempo para enriquecer la Iglesia con tanto número de escelentes obras, llenas todas de energia y de devocion, que era el carácter propio de su pluma. En todos sus escritos está derramada cierta especie de mocion, que alumbrando el entendimiento, enciende la voluntad en el fuego de aquel divino amor en que él mismo se abrasaba. Por eso dijo el célebre Gerson, que S. Buenaventura era sólido, elocuente y devoto, y que para los verdaderos teólogos no habia doctrina mas sana ni mas saludable que la suya.

Gerardo de Abbeville, doctor parisiense, abrazó el partido de Guillelmo de Sant-Amor, y escribió contra los frailes mendicantes; tomó la pluma S. Buenaventura, y le refutó por escrito con aquella admirable obra, que intituló: *Apología de los pobres*, y tapó la boca al calumniador. Otras muchas obras compuso en defensa de su religion, y para esplicar la regla de S. Francisco. Tenemos del Santo muchos tratados de filosofía y de teología; escelentes comentarios sobre el antiguo y nuevo Testamento; muchos sermones eficaces y doctrinales; gran número de tratados espirituales, en cuya atencion, justamente es tenido S. Buenaventura por uno de los mayores doctores de la mística teología. Las meditaciones sobre la vida y muerte de Jesucristo son de esquisito gusto, y el método es verdaderamente original. La vida que compuso del seráfico padre S. Francisco no fué la me-

nor de sus obras. Cuando la estaba escribiendo le fué á visitar su amigo Sto. Tomás, y sabiendo en lo que estaba ocupado, no quiso entrar, diciendo: *Dejemos al Santo trabajar por otro Santo; seria imprudencia interrumpirle.* Pasando en otra ocasion á verle el mismo santo Doctor, y admirado de la celestial sabiduría de sus escritos, le preguntó confidencialmente; ¿en qué libros estudiaba aquella elevada doctrina, y dónde habia aprendido aquella elocuencia tan llena de devocion? Descubrióle entonces S. Buenaventura un Crucifijo, y le dijo: *Este es el libro donde estudio todo lo que enseño.*

Concluido el capitulo general de Pisa, donde estableció diversos y muy prudentes reglamentos, pasó á Roma con el fin de suplicar al papa Urbano IV nombrase un cardenal que fuese protector de su órden, y su Santidad nombró al cardenal de los Ursinos. Temiendo el Santo que el cuidar de las monjas de santa Clara seria con el tiempo una carga demasidamente gravosa para sus frailes, suplicó al papa se sirviese exonerarlos de ella; pero no queriendo el pontífice privar á las religiosas de los muchos bienes que podian sacar de su espiritual asistencia, se contentó con especificar en la bula, que los frailes menores no estarían obligados á asistirles de justicia, sino de pura caridad.

El papa Clemente IV, sucesor de Urbano, le estimó y le amó tanto como sus predecesores. Nombróle para el arzobispado de York, que en aquel tiempo era una de las mayores y mas autorizadas sillas episcopales de la Iglesia; pero no fué posible vencer su humildad, pues aunque el pontífice quiso usar de su autoridad, el Santo se arrojó á sus pies, lloró tanto, y le hizo tales instancias, que al cabo le rindió. Pero le duró poco su alegría, porque Gregorio X, menos flexible que Clemente, resolvió absolutamente elevarle á las primeras dignidades, ilustrando al sacro colegio con un sugeto de aquel mérito. Creóle cardenal, y le envió la birreta por dos nuncios, que le hallaron en el convento de Magelo fregando los platos en la cocina. No interrumpió esta humilde ocupacion por la noticia de la nueva dignidad; prosiguió fregando hasta que acabó su labor; y precisado á obedecer partió á Roma. Acababa el papa de convocar un concilio general en Leon de Francia, y tenia ya pensado que Buenaventura fuese como el oráculo del concilio, por lo que le recibió con el mayor alborozo, y luego le consagró por obispo de Albano.

Acompañó al pontífice el nuevo cardenal en su viaje á Leon, donde se hizo la abertura del concilio, presidido por el mismo papa, el dia 7 de mayo de 1274. Predicó S. Buenaventura en la segunda y tercera sesion, siendo como el alma de todas las

conferencias. Brillaron tanto en todas las ocasiones sus milagrosos talentos, que asi los griegos como los latinos le reconocieron por uno de los hombres mas santos y mas sabios que habia entonces en la Iglesia. Habiendo trabajado mas que otro alguno, tanto en la reunion de los griegos, como en las demás materias que se trataban en el concilio, cayó en una gran debilidad, acompañada de continuos vómitos. No es ponderable cuanto sintió el papa, y cuanto afligió á todos los Padres la enfermedad del cardenal, á quien todos veneraban como el oráculo del concilio; pero queria el Señor premiar sus trabajos, y coronar sus méritos en medio de aquella augusta asamblea, y asi pasó de esta vida á la eterna el dia 14 de julio del año 1274, contando solamente cincuenta y tres de edad.

Lloróle todo el concilio; y el papa á la frente de todos los Padres asistió á sus exequias, que se celebraron con extraordinaria pompa en la iglesia de los Franciscos, donde el cardenal de Tarantesio, despues papa Inocencio V, predicó la oracion fúnebre. Desde luego manifestó Dios la gloria de su siervo con mucho número de milagros, y no fué el menor el que sucedió ciento sesenta años despues de su muerte. El de 1434 edificaron los frailes menores una nueva iglesia, y se abrió el sepulcro del Santo para trasladar á ella sus reliquias; halláronse consumidas las carnes, pero la cabeza tan entera como el mismo dia de su muerte, con todos sus cabellos, sus dientes, y la lengua tan fresca, los labios tan encarnados, y el color del rostro tan perfecto y tan vivo, como si el Santo lo estuviera. Colocáronse los huesos en una urna, y la cabeza en un relicario separado, que hasta hoy es objeto á la veneracion de los fieles; pero habiéndose apoderado de Leon los calvinistas en el siglo siguiente, quemaron públicamente sus huesos, y arrojaron las cenizas en el Ródano. La santa cabeza se libertó de su furor por la constancia de un religioso de S. Francisco, á quien no fué posible obligar á descubrir donde estaba oculta aquella preciosa reliquia por mas horribles tormentos que le dieron. La ciudad de Bagnarea, patria del Santo, conserva un hueso del brazo, que la enviaron de Leon cuando las reliquias se trasladaron á la nueva iglesia. Canonizóle solemnemente el papa Sixto IV, y Sixto V mandó se rezase su oficio doble, y le colocó en la clase de los doctores de la Iglesia.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente:

O Dios, que te dignaste dar- nos por ministro de nuestra

eterna salvacion al bienaventurado Buenaventura; concédenos que sea nuestro intercesor en el cielo el que merecimos tener por nuestro doctor en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la segunda del apóstol S. Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Carisimo : Te conjuro delante de Dios , y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oído , y no querrán oír la verdad , y se convertirán

á las fábulas. Pero tú vela , trabaja en todo , haz obras de evangelista , cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque ya voy á ser sacrificado , y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien , he consumado mi carrera , y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo juez : y no solo á mí , sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. Si la triste esperiencia de todos los siglos no hubiera verificado esta profecía , ¿ la creerian los fieles con mucha facilidad? ¿ quién podria imaginar que siendo los hombres tan interesados , no aspirando mas que á su provecho , poniendo tanto cuidado en no ser engañados , y amándose tanto á sí mismos , no pudiesen tolerar la sana doctrina? Pues sin ella todo es error , todo descamino , todo ilusion , todo veneno y todo es lazo. Doctrina sana en los dogmas , y doctrina sana en las costumbres : no hay otro camino para la salvacion ; no hay otra segura guia. La fe y la moral de Jesucristo ; en esto estriba todo el edificio : la fe nos alumbrá , la moral nos instruye ; ya se yerre en uno , ya en otro , es igual el peligro ; sin luz es preciso descaminarse ; con falsas instrucciones no se puede ir derecho. ¿ Cuando se vió pureza de costumbres sin fe? ¿ y de qué sirve la fe sin obras? No seguir la doctrina sana en materia de fe , es herejía ; no seguirla en materia de costumbres , es impiedad , es disolucion. Buscar

doctores que yerren en la fe , es quererse perder ; buscarlos anchos , indulgentes y relajados , es , por decirlo así , cerrar la puerta á la esperanza de la enmienda. La menor sospecha que se tenga de un doctor en materia de fe , basta para que visiblemente ponga á riesgo su salvacion el que le consulta y le toma por director. Si éste altera la doctrina del Evangelio , ¿ se arriesga poco en escogerle por guia y por médico espiritual? Cuando se trata no menos que de la salvacion eterna , ¿ quién dirá que están de sobra las mayores precauciones? La sana doctrina es la única que puede conducir seguramente al puerto de la salvacion ; ella sola alumbrá el entendimiento , mueve el corazon , disipa el error , y doma las pasiones. Sin ella , ¿ quién se libra del naufragio? Cuando el piloto pierde de vista la estrella , no es posible navegar mucho tiempo en un mar alborotado sin perecer. Si el médico lisonjea á la enfermedad , si los remedios no son adecuados , si el régimen es contrario á la salud , ¿ en qué ha de parar el enfermo? Desengañémonos , la sana doctrina , que es la de Jesucristo , y es la del Evangelio , es la única doctrina de la salvacion. ¿ Pues como es posible disgustarse de ella? No se la puede sufrir porque doma el orgullo , porque mortifica los sentidos , porque refrena las pasiones , porque es contraria al amor propio. ¿ Y en qué viené á parar el no seguirla? Los herejes y los libertinos no la siguen ; pues los que siguieron la misma doctrina que ellos , tendrán tambien el mismo paradero.

El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos : Vosotros sois la sal de la tierra ; y si la sal se deshace , ¿ con qué se salará? Para nada tiene ya virtud , sino para ser arrojada fuera , y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela , y la ponen debajo del celemin , sino sobre el candelero , para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca , pues , así vuestra luz

delante de los hombres , para que vean vuestras buenas obras , y glorifiquen á vuestro Padre , que está en los cielos. No juzguéis que he venido á violar la ley , ó los profetas : no vine á violarla , sino á cumplirla. Porque os digo en verdad , que hasta que pase el cielo y la tierra , ni una jota ni una tilde faltarán de la ley , sin que se cumpla todo. Cualquiera , pues , que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos , y enseñare así á los hombres , será

reputado el menor en el reino mado grande en el reino de los de los cielos; mas el que los cielos. cumpliere y enseñare, será lla-

MEDITACION.

De los consuelos de la vida perfecta.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la vida perfecta es la de una alma verdaderamente cristiana, que ama á Dios sin escepcion y sin reserva, que todo su deseo es agradarle; ocupada enteramente en darle gusto, y en mirar con horror cuanto le puede ofender. ¿Donde hay vida mas dulce, mas tranquila, mas feliz?

No tiene la perfeccion cristiana ni los rigores, ni las molestias, ni las dificultades que se imaginan; pide necesariamente entregarse á Dios con toda el alma, y á quien se entrega á Dios con toda el alma, todo le es muy fácil. Los que son enteramente de Dios, sin repartirse con otros, siempre están contentos; porque solo quieren lo que Dios quiere, y tienen gusto en hacer por él todo lo que quiere. Pues como Dios no puede querer sino lo mejor, lo que nos es mas útil y mas conveniente, estas generosas almas, estas almas santas, al mismo tiempo que se despojan de todo por amor de Dios, encuentran el cien doblado en el mismo generoso despojo. La paz de la conciencia, la libertad del corazon, el consuelo de abandonarse en las manos de Dios, la alegría de verse cada dia iluminados con nuevas luces, y en fin, aquel desembarazo de los temores y de los deseos tiránicos del siglo, forman aquel cien doblado de felicidad que los verdaderos hijos de Dios gozan en medio de los trabajos con tal que sean fieles. Padecen, no lo niego; pero desean padecer, y no trocarán sus penas por todos los falsos gustos del mundo. Aflijen, atormentan á sus cuerpos los mas crueles dolores: es así; pero su voluntad firme y tranquila encuentra en ellos los mayores consuelos. Los mundanos, los dichosos del siglo, solo pueden gozar una alegría pasajera, y aun esa muy superficial. Un poco de reflexion basta para cubrir de amargura el corazon mas alegre; pero la perfeccion cristiana está á cubierto de todos estos insultos: la alegría que ocasiona es pura, constante y sólida; léjos de turbar la reflexion, la aumenta y la confirma. Ponderense cuanto se quisieré los gustos del mundo; ni uno solo se encontró jamás que satisficiera el alma. Esos gustos y esas alegrías son efectos de algunas pasiones, y no pue-

den ser otra cosa. ¿Pues cuando hubo pasion moderada y amiga de nuestra quietud? Son nuestras pasiones el funesto manantial de nuestros cuidados y de nuestros desasosiegos, y á ellas solo se reducen todas las alegrías mundanas. Los felices sucesos de la ambicion, del interés, del amor á la diversion, los frutos de la venganza ó de la emulacion, á eso se reduce la felicidad que causan las complacencias del mundo. ¡Ah buen Dios, y qué complacencias!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que Dios nos pide una voluntad entera; esto es, que no esté repartida entre él y alguna criatura; una voluntad dócil y manejable, puesta enteramente en sus manos, que solo desee lo que Dios desea, y solo aborrezca lo que él aborrece; una voluntad que quiera sin reserva todo cuanto quiere, y por ningun caso, ni por algun pretexto barga jamás cosa que no quiera. A quien está en esta dichosa disposicion todo le aprovecha; y hasta aquellas inocentes diversiones, que de cuando en cuando toma para recrear el ánimo, se convierten en obras meritorias. ¡Dichoso aquel que se entrega del todo á Dios! Libre de sus pasiones, superior á los juicios de los hombres, á su malignidad, á la tirania de sus máximas, á sus frias y miserables zumbas, á las desgracias que el mundo atribuye á la fortuna, á la infidelidad y á la inconstancia de los amigos, á los artificios y lazos de los enemigos, se ve como exento de su propia flaqueza, de la miseria de la vida, de los horrores de una mala muerte, de los crueles remordimientos que acompañan á los gustos prohibidos; y en fin, de la eterna condenacion del supremo Juez, de la reprobacion eterna, que es la desdicha de todas las desdichas. Un cristiano perfecto se halla libre de esta innumerable multitud de males. Puesta su voluntad en las manos de Dios, solo desea lo que el Señor quiere; hallando su mayor consuelo, guiado de la fe, y fortalecido con la esperanza, en medio de las mayores tribulaciones. ¿Pues no sería una lastimosa flaqueza, una indigna cobardia temer entregarse todo á Dios, y empeñarse demasiado en un estado tan apetecible? Pídenos Dios nuestra voluntad; ¿y acaso nos pide demasiado en esto? ¿para qué nos la pide sino para hacernos dichosos aun en esta vida? Pídenos todo nuestro corazon; porque siendo Dios no podía contentarse con que se le diésemos á medias; ni le daríamos mucho, aunque se le diéramos todo. No puede haber mayor locura, que temer darse demasiadamente á Dios; es lo mismo que temer ser demasiadamente dichosos. En medio de eso, esto es puntualmente lo que temen tantos que presumen de devotós;

tantos que sirven y aman á Dios con infinitos conques, con mil delicadas reservas; tantas personas tibias, flojas y descuidadas en el servicio de Dios.

¡Amable Salvador mio, y cuanta razon tengo para avergonzarme á vista de mi cobardia y de mis pasadas tibiezas! Es cierto, Señor, que he gustado muy poco aquellas delicias, aquellos celestiales consuelos que reservais para vuestros favorecidos; porque tambien os he amado muy poco, y os he servido con mucha flojedad. Aquí teneis, Señor, todo mi corazon, y con él os entrego tambien todo mi espíritu, toda mi voluntad, todo cuanto soy; y os lo entrego sin dilacion y sin reserva, no queriendo ser ni vivir sino para vos solo.

JACULATORIAS. — ¡O Señor, y qué de consuelos teneis reservados á los que os temen, os aman y os sirven! (Ps. 30.)

Mil veces son dichosos y bienaventurados aun en esta vida los que guardan la ley santa de Dios. (Ps. 118.)

PROPOSITOS.

1 Por mas que todos los santos nos aseguren que no hay en la tierra consuelos iguales á los que gustan los verdaderos siervos de Dios; por mas que el mismo Jesucristo nos proteste que la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la alegría y los consuelos interiores se reservan para los que le sirven con fervor; no hay forma de creer lo que no se experimenta. ¿De donde nacerá tanta incredulidad en un punto en que parece interesaríamos mucho en ser mas dóciles? Yo lo diré: no se quiere creer que sea tan dulce la vida perfecta, porque no se quiere practicar lo que es necesario para lograrla; como si el error pudiera excusar la cobardia. Corrige esa falsa idea, y resuélvete desde luego á hacer la esperiencia de las dulzuras que gustan en el servicio de Dios las almas fieles; comienza á cumplir con puntualidad las obligaciones de tu estado; forma una eficaz resolucion de no negar á Dios cosa que te pida; sírvele desde este mismo punto con nuevo fervor; preséntate en la iglesia con nuevo respeto; reza y haz oracion con nueva piedad; pasa este dia de manera que no te acuse la conciencia ni de cobardia, ni de infidelidad, ni de negligencia en el servicio de Dios, y gustarás cuan dulce es el Señor.

2 Toma hoy un cuarto de hora de tiempo para pedirte cuenta, y de rodillas ó sentado, examina ciertos descuidos, ciertas faltillas de fidelidad, ciertos pequeños sacrificios que ha tanto

tiempo te está pidiendo Dios, y tambien ha tantos años que tú le niegas. Basta un menudo recuerdo de estos hechos para curbrinos de confusion, y para justificar el rigor con que alguna vez nos ha tratado la divina Providencia. Perdonaste una injuria, un desaire que te hicieron; no deseaste mal alguno á quien te le hizo; pero no tienes valor para hacer á esa persona una visita, ni para concurrir adonde ella concurre, no obstante de que lo requeriria así la atencion ó la necesidad. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. Tienes horror á ciertos vicios groseros; los raptos de cólera te parecen indignos, no solo de un cristiano, sino de un hombre de bien; pero muchas veces estás de mal humor con la familia, y tus criados y tus hijos experimentan con frecuencia los amargos efectos de ese mal humor. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. No gustas vestirté inmodesta ni provocativamente; pero te agradan mucho mil invenciones de la vanidad, cien cachivaches de la moda, á cual mas costosos, á cual mas supérfluos, y á cual menos cristianos. Este sacrificio te pedia Dios, y tú no le quisiste hacer. Guardas tus votos religiosos, y observas exactamente ciertas reglas; pero no cumples con otras fáciles y menos considerables. La observancia de estas te pedia tambien Dios, y no has querido concedérsela. Tu vida es unida, devota, arreglada, ejemplar; pero al cabo del dia te estaba pidiendo Dios algunas mortificacioncillas. Suprimir un dicho agudo, mortificar una curiosidad, bajar el tono de la voz, guardar modestia en tal ocasion; éstos sacrificios son bien pequeños, y tú los harias por un corto interés, por servir á un amigo, por complacer á una persona, etc. Pidiételes Dios, y no los quisiste hacer por él. Estos hechos te deben avergonzar; tu conciencia te acusa de ellos; ¡y después te quejas de la sequedad, y de que la gracia no allane las dificultades que experimentas en el servicio de Dios! *Date, et dabitur vobis*: Da á Dios esas cortas señales de fidelidad, y Dios te concederá aquellós abundantes consuelos interiores, que hacen tan suave su yugo y su carga tan ligera.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

SAN ENRIQUE I, emperador, en Bamberg; el cual guardó perpetua virginidad con su mujer Cunegunda, é indujo á S. Esteban rey de Hungría, con cuasi todo su reino, á que abrazase la fe católica. (Véase su vida en las de hoy.)